

LA TEORÍA DEL DISCURSO DE LA ESCUELA DE ESSEX
EN SU CONTEXTO TEÓRICO

Ana Soage

Universidad de Granada

soage A correo ugr es

Resumen

Este artículo presenta uno de los principales métodos de análisis del discurso: la Teoría del Discurso propuesta por la Escuela de Essex. En primer lugar, se ofrecen definiciones del análisis del discurso propuestas por algunos de los estudiosos más influyentes de la disciplina. A continuación, se expone el contexto teórico en el que ha aparecido y se ha desarrollado el análisis del discurso, recapitulando las aportaciones de los intelectuales cuya obra ha influido en su evolución. Finalmente, se discute la Teoría del Discurso, incluyendo sus principales conceptos, aplicaciones y limitaciones.

Palabras clave

Análisis del discurso, Teoría del Discurso, Escuela de Essex, giro lingüístico

Abstract

This article presents one of the most influential approaches to discourse analysis: Discourse Theory, advocated by the Essex School. It starts by offering definitions of discourse analysis proposed by some of the prominent scholars working in the field. It then shows the theoretical context in which discourse analysis appeared, and sums up

the contributions that have shaped its development. Finally, it discusses Discourse Theory itself, concentrating on its main concepts, uses and limitations.

Key words

Discourse analysis, Discourse Theory, Essex School, linguistic turn

1. ¿Qué es el análisis del discurso?

El análisis del discurso es una disciplina relativamente nueva. La lingüística tradicional distinguía entre lengua como sistema (*langue*) y lengua en uso o habla (*parole*, que se correspondería con el discurso), y se concentraba en el estudio de la primera, considerando la segunda fruto de la libre expresión del hablante y, como tal, menos merecedora de atención. Por ello, los primeros estudios sobre el discurso se limitaron a identificar las reglas que gobiernan la producción de textos (orales o escritos). Sin embargo, la crisis del positivismo y la influencia creciente del estructuralismo, el post-estructuralismo, el marxismo y el psicoanálisis a partir de los años sesenta y setenta del siglo XX provocaron el denominado “giro lingüístico” en las ciencias sociales, caracterizado por una mayor conciencia de la importancia del papel del discurso en la formación y reproducción de las instituciones que enmarcan nuestra existencia y la consiguiente aplicación del análisis del discurso al estudio de materias tan diversas como la antropología, la sociología, la psicología, la politología, etc.

Uno de los protagonistas de esta revolución del pensamiento fue el filósofo francés Michel Foucault, que escribió sobre el concepto de discurso:

“Creo que, de hecho, he añadido a sus significados, tratándolo a veces como el dominio general de todas las declaraciones, a veces como un grupo de declaraciones individualizable, y a veces como una práctica regulada que explica un número de declaraciones” (citado en Fairclough 2003: 123)¹.

¹ Una de las críticas más recurrentes del pensamiento de Foucault es precisamente su falta de sistematicidad. Se ha destacado, por ejemplo, la ambigüedad de su concepto de “reglas” (véase sección2):

En la actualidad, la mayoría de los teóricos del análisis del discurso diferencian entre “discurso” como término abstracto y general, y “discursos”, en plural, como ejemplos concretos del primero (v.gr. Fairclough sin fecha: 2). No obstante, a fin de evitar ambigüedades, algunos prefieren denominar “textos” a las realizaciones del discurso, y reservar este término para referirse a las estructuras y prácticas socioculturales que rodean e informan la producción y el consumo de los textos (Ainsworth & Hardy 2004: 236).

Las definiciones apuntan a varios niveles de abstracción en la concepción del discurso: Ian Parker *et al.* explican que el término se utiliza en ocasiones “para designar a los modelos de significado que organizan los diferentes sistemas simbólicos que habitamos los seres humanos y que nos son necesarios para entendernos” y, en otras, “para designar la totalidad de la esfera simbólica” (1999: 2). Norman Fairclough indica que el discurso es, en un sentido amplio, “el uso del lenguaje como una forma particular de la práctica social” y, en un sentido más estricto, “el lenguaje utilizado para representar una determinada práctica social desde un punto de vista determinado” (1995: 54, 56). Por su parte, Teun van Dijk ofrece una serie de definiciones del término, que comprendería desde “los objetos o *muestras particulares*, esto es, incidencias únicas que implican a actores sociales particulares en un escenario y contexto particular” hasta “un *periodo*, comunidad o cultura *específicos* [...] que se correspondería con la noción igualmente general, abstracta, social y compartida de ideología” (1998: 193-198, cursivas en el original).

En cualquier caso, lo que nos interesa aquí es el papel del discurso en la representación y transformación de la realidad. Barbara Johnstone ha propuesto una heurística para el análisis del discurso que destaca la multiplicidad de elementos que debe tenerse en cuenta:

¿Es su función la descripción de las regularidades de los sistemas discursivos? ¿O la prescripción de lo que puede aparecer en un discurso? ¿O acaso la identificación de la causa de un orden discursivo determinado? (Howarth 2000a: 62). También se ha notado la dificultad de distinguir entre discursos e instituciones en el marco de un análisis del discurso foucaultiano, más allá de una tendencia a incluir en la noción de institución un espectro más amplio de prácticas y efectos (Ifversen 2003: 66).

- El discurso es determinado por el mundo, y el discurso determina el mundo.
 - El discurso es determinado por la lengua, y el discurso determina la lengua.
 - El discurso es determinado por los participantes, y el discurso determina a los participantes.
 - El discurso es determinado por el discurso previo, y el discurso determina las posibilidades del futuro discurso.
 - El discurso es determinado por su medio, y el discurso determina las posibilidades de su medio.
 - El discurso es determinado por el propósito, y el discurso determina futuros propósitos”
- (Johnstone 2002: 9)

Dicho de otro modo “maneras de hablar, que se reflejan en la repetida elección de ciertas estructuras y formulaciones, conducen a maneras habituales de imaginar el mundo que vienen a parecer naturales e incontestables” (Johnstone 2002: 29)². Esta concepción del discurso es compartida en mayor o menor medida por las principales escuelas de análisis del discurso. Norman Fairclough y Ruth Wodak, teóricos del Análisis Crítico del Discurso, mantienen que “además de ser socialmente determinado, el discurso es socialmente *constituyente*, puesto que constituye situaciones, objetos de conocimiento y las identidades sociales y relaciones entre personas y grupos de personas” (1997: 258, cursivas en el original). Aletta Norval, que participa en el proyecto de la Teoría del Discurso – que examinaremos en más detalle en la sección 3 – , a considera que el discurso engloba “prácticas, significados y convenciones variopintas [...] que conforman un cierto sentido de la realidad y una cierta interpretación de la sociedad” (citado en Çelik 2000: 194).

² La aparición del llamado “lenguaje políticamente correcto”, particularmente importante en las sociedades anglosajonas, tiene su origen en la comprensión de este hecho. La académica estadounidense Robin Lakoff explica que “[e]l poder para crear el lenguaje y, a través de él, el significado, estuvo asignado a un grupo poderoso (típicamente hombres blancos de clase media y alta) durante tanto tiempo y de manera tan completa que esa percepción se convirtió en una lente transparente a través de la cual veíamos ‘la realidad’: la visión de ese grupo nos parecía a todos la visión clara, inalterada, *normal* y natural, a menudo la única visión imaginable”; sin embargo, “el derecho unilateral de crear significado y controlar el lenguaje ha sido renegociado [entre los poderosos y los desposeídos], para gran consternación de los poderosos” (2001: 19, 254).

A continuación, examinaremos las principales influencias que han contribuido al desarrollo del análisis del discurso como disciplina interdisciplinar que complementa otras formas de análisis dentro del campo de las ciencias sociales.

2. Genealogía del análisis del discurso

Comencemos este breve repaso por Ferdinand de Saussure (1857-1913), cuyo *Cours de linguistique générale* (publicado póstumamente en 1916) es la obra fundadora de la lingüística moderna. Además de acuñar la distinción entre “lengua” y “habla” que hemos mencionado, Saussure identificó el signo como el elemento básico de la lengua, compuesto de significante y significado, y expuso su carácter arbitrario. El lingüista suizo concebía la lengua como un sistema de signos cuyo significado depende de las relaciones entre ellos; por ejemplo, el signo “madre” no puede comprenderse si no es a través de su relación con otros signos, como “hijo” o “padre”. Por ello, Saussure es considerado el iniciador del estructuralismo, una corriente de pensamiento que destaca el carácter sistémico de las prácticas e instituciones que configuran las sociedades humanas.

Otra fuente del campo de la lingüística a menudo citada por los estudiosos del análisis del discurso es el soviético Mikhail Bakhtin (1895-1975), que Julia Kristeva introdujo al Occidente en la década de los sesenta. Bakhtin consideraba el texto como parte de una serie de textos, influenciado por los que lo precedieron y a su vez influenciando a los que lo siguen; Kristeva creó el concepto de “intertextualidad” para referirse a esta propiedad. Bakhtin es asimismo el creador de una teoría del género según la cual cada sociedad dispone de una serie más o menos limitada de géneros, resultado de sus circunstancias socioculturales, que condiciona los textos que produce (aunque la innovación es posible mediante la combinación de géneros). Además, algunos atribuyen a Bakhtin las obras firmadas por V. I. Volosinov, pionero de la teoría lingüística de la ideología que consideraba la definición de las palabras parte integrante de la lucha de clases.

Sin embargo, la figura más influyente en el desarrollo del análisis del discurso no es un lingüista sino un filósofo, Michel Foucault (1926-1984); obras como su *L'Archéologie du savoir* (1966) o su *L'Ordre du discours* (1971) parecen referencias obligadas. En una primera etapa que podríamos calificar de estructuralista y que se suele denominar “arqueológica”, Foucault define el discurso como “aquellas verdades o prácticas que se toman por descontado y que, de forma sistemática, forman los objetos de los que hablan” (1972: 49) y describe las reglas que controlan la producción de textos dentro de un determinado “campo discursivo”. Como el propio autor explicaría en una entrevista, su objetivo era

“mostrar que en un discurso [...] hay reglas de formación de objetos (que no son las reglas de utilización de las palabras), reglas de formación de conceptos (que no son las leyes de la sintaxis) y reglas de formación de teorías (que no son ni deductivas ni retóricas). Estas reglas, utilizadas a través de una práctica discursiva en un momento dado, explican por qué se ve (u omite) algo; por qué se percibe bajo un aspecto determinado y se analiza a un nivel determinado; por qué una palabra se utiliza con un significado determinado en una frase determinada” (Foucault 1989: 52).

En una segunda etapa “genealógica”, en la que se advierte la influencia del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, Foucault introduciría elementos no discursivos para mostrar cómo las prácticas de una determinada sociedad producen los discursos que a su vez dan forma a sus instituciones. En esta etapa surge una nueva definición del discurso: “El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o sistemas de dominación, sino aquello por lo que y a través de lo que la lucha existe; el discurso es el poder que debe ser conquistado” (Foucault 1981: 52-53). El filósofo francés nunca abandonaría totalmente su enfoque arqueológico, que articularía con el genealógico a través del concepto de problematización³. Así, a través de sus estudios de la sexualidad (1979a, 1985) o el sistema carcelario (1979b), Foucault expone la naturaleza

³ Howarth cita a Foucault para explicar que “[l]a problematización sintetiza sus dimensiones arqueológica y genealógica de análisis del discurso, en el cual la arqueología hace posible el examen de ‘las propias formas’, y la genealogía le permite ‘analizar su formación a partir de las prácticas y las modificaciones que experimentan estas últimas’” (2000a, 134).

contingente de lo que se considera verdad y la influencia de las formaciones discursivas en la configuración de “posiciones de sujeto” (v.gr. el demente, el homosexual).

Algunas escuelas de análisis del discurso – en particular la Teoría del Discurso iniciada por Laclau y Mouffe, objeto de la siguiente sección – reconocen su deuda hacia el también francés Jacques Derrida (1930-), autor de *De la grammatologie* (1967). Para este filósofo postestructuralista, el discurso es central: su lema más conocido es probablemente “Il n’y a pas de hors-texte”, criticado por los que lo interpretaron como una reducción de la realidad al discurso pero que se limita a exponer que la primera sólo es aprehensible a través del segundo. En la concepción derrideana los textos suponen una forma de violencia, puesto que imponen una determinada perspectiva a la vez que reprimen o marginan otras; pero los elementos reprimidos son cruciales, porque la identidad se configura relacionamente, a través de aquello contra lo que se define. Derrida propuso un enfoque para el análisis de textos, el deconstructivismo, cuyo fin es revelar las oposiciones binarias subyacentes, exponer las inconsistencias e investigar otras interpretaciones.

El análisis del discurso no ha sido inmune a la influencia de la politología, en particular teóricos de la tradición marxista como Antonio Gramsci (1891-1937), Louis Althusser (1918-1990), Michel Pêcheux (1938-1983) y Jürgen Habermas (1929-). Gramsci (1971) desarrolló un concepto de hegemonía como mecanismo para obtener y mantener el poder basado en el consenso en lugar de la coerción o la manipulación. Althusser (1962, 1971) se inspiró en el psicoanálisis freudiano y lacaniano⁴ para mostrar que el sujeto adquiere su identidad sometiéndose de manera voluntaria a una ideología que lo “interpela”. Continuator del trabajo de Althusser, Pêcheux (1982) sostuvo que el sujeto debe identificarse con un objeto externo, puesto que sólo esta identificación le proporciona unidad y coherencia. Habermas (1984) acuñó los conceptos de “esfera pública” y “situación ideal de habla” para determinar las circunstancias de comunicación presentes o deseables en las sociedades contemporáneas.

⁴ Como veremos, el psicoanalista francés Jacques Marie Lacan (1901-1981) es una de las principales influencias de la Teoría del Discurso; su principal tesis es que la identidad individual alberga en su seno una carencia fundamental y que, a fin de colmarla, el sujeto se identifica con objetos externos que la ocultan de manera temporal.

Entre los otros pensadores que aparecen a menudo como referencias en los manuales del análisis del discurso, mencionemos a dos: El filósofo hermenéutico austriaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951), concretamente su “segunda etapa” (en particular *Philosophical Investigations*, publicado póstumamente en 1953), cuando analizó el lenguaje como fruto de la actividad humana dentro del marco de las prácticas sociales, y relativizó el concepto de objetividad sosteniendo que el grado de verdad o falsedad de las afirmaciones sólo puede decidirse dentro del orden de discurso (*language-game* o juego de lenguaje) en el que se enmarca⁵. Y, por último, el filósofo freudomarxista francés Jean-François Lyotard (1924-1998), que en su influyente *La Condition postmoderne* (1979) denunció las “metanarrativas” modernistas (como el positivismo lógico o el capitalismo post-industrial) que pretenden utilizar la razón humana para proporcionar una explicación exhaustiva y final de la realidad⁶.

Como vemos, un rasgo compartido por muchos de los autores que han influido en el desarrollo del análisis del discurso es el rechazo de cualquier sistema de pensamiento que aspira a detentar el monopolio de la verdad. Las *bêtes noires* son el esencialismo, el universalismo y el fundacionalismo. El esencialismo mantiene que existen rasgos esenciales que pueden explicar el comportamiento humano; así, la denuncia del orientalismo que llevó a cabo Edward Said (1979) se concentró en la caricatura orientalista del Oriente como sensual, irracional y proclive al despotismo. El universalismo consiste en que un determinado grupo pretenda que su particularismo es (o debería ser) universal; por ejemplo, críticos del Occidente condenan su deseo de imponer su propia perspectiva de los derechos humanos, y en 1990 la Organización de la Conferencia Islámica hizo pública una “Declaración de los Derechos Humanos Islámicos” alternativa. Por último, el fundacionalismo sostiene que un cierto principio, ya sea religioso (v.gr. el Islam) o filosófico (v.gr. el racionalismo), puede constituir la base de la estructura o sistema ideal.

⁵ Wittgenstein afirmó que la inmensa mayoría de la filosofía occidental se reduce a meras divagaciones resultado de un uso incorrecto del lenguaje. Como es lógico, su trabajo fue muy controvertido y es sólo en las últimas dos décadas que la crisis de la filosofía tradicional ha conducido a que sea apreciado en su justa medida.

⁶ Lyotard afirma que la crisis de dichas metanarrativas, causada por sus desastrosas consecuencias (el Holocausto, la degradación del planeta...), ha dado lugar a la actitud escéptica que caracteriza el posmodernismo. Sin embargo, Best & Kellner han acusado al propio Lyotard de crear una nueva metanarrativa, la de la “condición postmoderna” (en Boje 2001: 36).

3. La Teoría del Discurso (TD)⁷:

Una de las principales escuelas de análisis del discurso es la denominada simplemente Teoría del Discurso (*Discourse Theory*). Su texto fundador fue *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics* (1985), de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Sus ideas han sido desarrolladas y puestas en práctica en el programa de postgrado “Ideología y Análisis del Discurso” de la Universidad de Essex por autores como David Howarth, Aletta Norval y Yannis Stavrakakis. Howarth 2000a ofrece una visión general de la TD, que incluye las fuentes que han contribuido a su formación; el lector interesado en ejemplos de su aplicación práctica encontrará estudios de caso en Howarth *et al.* 2000 (véase Townshend 2003 para una pertinente reseña de esta última obra).

El trabajo de la llamada Escuela de Essex se basa en una concepción maximalista del discurso: todo lo que constituye nuestra realidad (cosas, sujetos, prácticas...) es objeto del discurso, puesto que sólo podemos aprehenderlo a través de un sistema de reglas construido socialmente y que le da significado: “*todos* los objetos son objetos del discurso, puesto que su significado depende de un sistema de reglas y diferencias significativas construido socialmente” (Howarth & Stavrakakis 2000: 3). Así, una montaña puede percibirse como un lugar donde ir de excursión, extraer minerales o protegerse de un ataque del enemigo (Laclau & Mouffe 1987: 85). Por ello, a menudo se acusa a la Escuela de Essex de reducir la realidad al discurso y de negar la existencia de una realidad externa al mismo⁸, aunque Laclau y Mouffe intentaron desde un principio prevenir tales críticas:

⁷ Esta sección pretende ofrecer un breve resumen de las ideas centrales de la Teoría del Discurso; los principales conceptos aparecen en negrita para facilitar su identificación. Para más información sobre la “democracia radical” – el proyecto político de Laclau y Mouffe, que no explicamos aquí por no ser directamente relevante para los propósitos de este estudio –, véase Laclau & Mouffe 1985, 1987 y, tras esa fecha, el trabajo de Mouffe (1992, 1993, 2000); Townshend 2003, 2004 y Wenman 2003 proporcionan un resumen y una valoración informada del mismo. Las pertinentes críticas de Robinson a la aplicación política de las ideas de Lacan ha conducido a un interesante intercambio con Thomassen que registra los principales problemas de los argumentos de Mouffe (Robinson 2004a; Thomassen 2004; Robinson 2004b). Laclau 1999 discute las dimensiones académica y política de la Teoría del Discurso.

⁸ Para un ejemplo temprano de tales críticas, véase el artículo en el que Norman Geras critica *Hegemony and Socialist Strategy* (1987), y la respuesta de Laclau & Mouffe al mismo (1987); escéptico, Geras

“Un terremoto o la caída de un ladrillo es un suceso que ciertamente existe [...] Pero el que su especificidad como objetos se construya en términos de ‘fenómenos naturales’ o ‘expresiones de la ira de Dios’ dependerá de la estructura del campo discursivo. Lo que se niega no es el hecho de que tales objetos existan fuera del pensamiento, sino que puedan constituirse como objetos en la ausencia de ciertas condiciones discursivas de emergencia” (1985: 108).

Laclau y Mouffe adoptaron el concepto gramsciano de **hegemonía** para referirse a la combinación de una serie de discursos en un proyecto con aspiraciones universalistas. Toda formación hegemónica pretende proponer la articulación completa y final de los **elementos** que configuran el orden social mediante la fijación de una serie de significadores centrales o **puntos nodales**. Así, por ejemplo, los discursos capitalista y socialista proporcionan definiciones diferentes de conceptos como “democracia”, “estado” y “libertad” y los articulan en **cadena de significación** que fijan los otros elementos del discurso (que pasan a ser **momentos**), además de ofrecer **posiciones de sujeto** con las que el individuo puede identificarse de acuerdo con la disponibilidad y credibilidad del proyecto y sus propios intereses (nótese la reformulación de las ideas de Foucault y Althusser). Laclau añadiría el concepto de **significador vacío** para designar a un principio general (justicia, libertad, igualdad...) que aspiraría a unificar una formación social; otros autores (v.gr. Sayyid 2003) prefieren hablar de **significador maestro** para referirse al elemento que estructura el discurso⁹.

Toda fijación de puntos nodales es necesariamente parcial, debido a que las

reiteraría su posición inicial (1990). Recordemos de pasada que el lema derrideano “Il n’y a pas de hors-texte” fue objeto de similares críticas de reduccionismo.

⁹ Según Laclau, en una sociedad caracterizada por el caos, el orden sería el significador vacío que los distintos proyectos hegemónicos pretenderían encarnar (1996: 53). Otros ejemplos de significador vacío serían “la condición de negro” (*blackness*) durante el periodo de apartheid en Sudáfrica (Howarth 2000b), “justicia” en el discurso del IRA (Clohesy 2000), o “el mito de una nación asediada a la que se ha negado autonomía y autodeterminación” en Serbia (Howarth 2000a: 119). El concepto de significador vacío, una adaptación de la “carencia” lacaniana, nos parece poco satisfactorio; en palabras de Robinson: “Los lacanianos tienden a convertir el concepto de carencia (y sus sinónimos, como antagonismo y negatividad) en una entidad metafísica que ejerce una fuerza positiva en el mundo. Por lo tanto, adoptan una posición contradictoria que ofrece precisamente el tipo de teoría completa y sin resto que declaran ser imposible, reinscribiendo el resto como un elemento positivo al que *se nombra* negatividad” (Robinson 2004: 268).

articulaciones discursivas son incapaces de contener la totalidad de los discursos: siempre hay un “exterior discursivo”, un “Otro” que no puede ser acomodado y previene la completa realización del sujeto pero que, como señaló Derrida, es necesario para definir la propia identidad¹⁰. En los límites de la formación discursiva, allí donde existen agentes sociales incapaces de realizar su identidad, aparecen los **antagonismos**. Éstos se ponen de manifiesto en el momento en que un proyecto deja de representar o servir los intereses de un grupo determinado (v.gr. agricultores franceses afectados por la reforma de Política Agrícola Común), o intenta extenderse a un grupo que no se reconoce en el mismo (v.gr. sociedades tradicionales amenazadas por la globalización del capitalismo). El resultado es una **dislocación** que cuestiona la continuidad del proyecto y puede conducir a la aparición de discursos alternativos.

La dislocación puede prevenirse ampliando la articulación hegemónica para incluir a los que se consideran fuera de la misma, a través de lo que Laclau y Mouffe llaman **lógica de diferencia**. Por otro lado, los diferentes grupos no incluidos pueden olvidar sus diferencias y unirse en una **lógica de equivalencia** contra el discurso hegemónico que amenaza, o es incapaz de acomodar, sus intereses, y proponer una alternativa¹¹. La predominancia de una u otra lógica condiciona cómo una sociedad determinada resuelve sus antagonismos:

“Donde la lógica de equivalencia predomina, la división social tiende hacia una dicotomización del espacio político, una división paratáctica de lo social en dos campos opuestos. Cuando la lógica de diferencia se despliega como estrategia dominante, se facilita una articulación de elementos más compleja que milita contra tal dicotomización” (Norval 2000: 221)

¹⁰ Norval ha cuestionado esta concepción de la identidad como constituida exclusivamente a través de aquello contra lo que se define, y ha sugerido – infringiendo del trabajo de los propios Laclau y Mouffe – que puede haber formas no antagonistas de constitución de la identidad (2000: 223).

¹¹ Esta nomenclatura es poco afortunada, puesto las etiquetas parecen indicar precisamente lo contrario que aquello que designan; en particular, el concepto de “lógica de diferencia” plantea problemas: Fairclough parece no tener muy claro su significado cuando escribe: “Laclau and Mouffe (1985) teorizan el proceso político (y ‘hegemonía’) en términos del funcionamiento simultáneo de dos ‘lógicas’ diferentes, una *lógica de ‘diferencia’ que crea diferencias y divisiones*, y una *lógica de ‘equivalencia’ que subvierte las diferencias y divisiones existentes* (2003: 100, las cursivas son mías). Del mismo modo, Townshend afirma: “*Las alianzas construidas a través de ‘cadenas’ de equivalencia en las sociedades industriales avanzadas, que se caracterizan por su complejidad y gran diferenciación social, pueden ser perturbadas con facilidad a través de la lógica de diferencia*” (2004: 271, *ídem*).

Laclau añadiría los conceptos de **mito** e **imaginario** como estrategias para adquirir o conservar la hegemonía (1990: 60-68). Los mitos son iniciativas que intentan ocultar fracturas en las formaciones discursivas o recomponer sistemas dislocados mediante la rearticulación de los elementos que los componen; un ejemplo sería la campaña “Back to basics” lanzada en 1993 por el entonces primer ministro británico John Major para recuperar la iniciativa política que habían mantenido los conservadores en la década de los 80 en virtud del populismo thatcherista. Los mitos se convierten en imaginarios si tienen éxito en representar y movilizar a aquellos a quienes interpelan: el proyecto de Major se quedó en mito, mientras que el “Nuevo Laborismo” de Tony Blair se convertiría en imaginario¹². Como cualquier otra formación hegemónica, los imaginarios sólo presentan una ilusión de clausura del sistema discurso, y antes o después pasan a competir con otros mitos o incluso llegan a desaparecer (v.gr. la decadencia del imaginario kemalista, en Çelik 2000).

Una de los rasgos más destacados de la Teoría del Discurso es su radical anti-esencialismo, que le ha valido críticas de relativismo moral¹³. En palabras de Howarth:

“[L]as cuestiones de verdad y falsedad no se determinan según [los parámetros de] un mundo de objetos independiente de teorías, sino que son relativas a los criterios establecidos por sistemas de conocimiento determinados [...] [L]as tradiciones sobre la verdad y falsedad de declaraciones se deciden *dentro* de órdenes de discurso (o paradigmas), utilizando los criterios establecidos por los propios órdenes” (Howarth 2000a: 133)

Ese anti-esencialismo hace la propuesta de la Escuela de Essex particularmente útil para abordar el estudio de otras culturas; uno de los principales problemas para comprender ideologías como, por ejemplo, el islamismo, es que a menudo se abordan desde una perspectiva etnocéntrica occidental. Un enfoque que problematiza (en el sentido

¹² Las sociedades anglosajonas parecen más proclives a proyectos políticos de esta naturaleza que la española, en la que no he encontrado ejemplos comparables, al menos en la historia reciente.

¹³ El argumento sería que si todos los discursos carecen de valores absolutos sobre los que basarse, no existen motivos irrevocables para, por ejemplo, preferir la democracia al nazismo; los autores de la Teoría del Discurso han respondido a dichas críticas de forma más o menos satisfactoria; v.gr. el artículo de Geras (1987) y la respuesta de Laclau & Mouffe (1987) mencionados arriba. No es una casualidad que Derrida fuera víctima de similares ataques; para su respuesta, véase Derrida 1999: 78.

foucaultiano) y deconstruye (en el sentido derrideano) dicha perspectiva y pretende mostrar la coherencia interna del discurso de la ideología en cuestión – antes de proceder a problematizarlo y deconstruirlo a su vez – puede contribuir a superar tal problema. Por otro lado, Howarth ha identificado dos áreas de investigación para las que la Teoría del Discurso parece particularmente adecuada:

“Existen dos áreas de investigación relacionadas que demandan atención especial dentro de la teoría del discurso: la formación y disolución de identidades políticas, y el análisis de las prácticas hegemónicas que intentan producir mitos e imaginarios colectivos” (Howarth 2000a: 136).

Sin embargo, hemos de tener en cuenta las limitaciones de este enfoque, en particular el hecho de que un excesivo énfasis en el papel del discurso puede conducir a la subestimación de otros factores. Consideramos válida la apreciación de Townshend, que distingue entre los teóricos del discurso que utilizan un enfoque “denso” (*thick*) y “niegan categóricamente la importancia de factores institucionales y socioeconómicos en la formación del discurso y el papel de los ‘intereses’ en la explicación de la motivación política”, y aquellos que optan por un enfoque “diluido” (*thin*) e “invitan de forma implícita, o admiten de forma explícita, un papel constitutivo más importante a factores socioeconómicos e intereses preconstituidos, abriendo, en la práctica, la posibilidad de un mayor pluralismo metodológico” (Townshend, 2003: 133). Así diluido, consideramos que la Teoría del Discurso puede proporcionar un marco teórico adecuado para el análisis de multitud de fenómenos sociológicos.

Referencias

Ainsworth, Susan & Hardy, Cynthia (2004) “Critical Discourse Analysis and identity: Why bother?”. *Critical Discourse Studies* 1(2): págs. 225-59.

Althusser, Louis (1962) “Contradiction and overdetermination”, in L. Althusser, *For Marx. Part III: Notes for an Investigation*. Trad. Ben Brewster. New York: Penguin. In: <http://phoenixandturtle.net/excerptmill/althusser2.htm> [consultado 07/04/2006]

Althusser, Louis (1971) "Ideology and ideological state apparatuses: Notes towards an investigation", in L. Althusser, *Lenin and Philosophy and Other Essays*. Trad. Ben Brewster. New York: Monthly Review Press; págs. 127-186.

Boje, David M. (2001) *Narrative Methods for Organizational & Communication Research*. London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage.

Çelik, Nur Betül (2000) "The constitution and dissolution of the Kemalist imaginary". In: D. Howarth *et al.* *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press; págs. 193-204.

Clohesy, Anthony (2000) "Provisionalism and the 'im' possibility of justice in Northern Ireland" In: D. Howarth *et al.* *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press; págs. 70-86.

Derrida, Jacques (1976, publicado en francés en 1967) *Of Grammatology*. Baltimore, MD: John Hopkins University Press.

Derrida, Jacques (1999) "Hospitality, justice and responsibility: A dialogue with Jacques Derrida". In: Kearney, R. & Dooley, M. *Questioning Ethics: Contemporary Debates in Philosophy*. London/New York: Routledge; págs. 65-83.

Fairclough, Norman (sin fecha) "The Dialectics of Discourse". *Institute of Geography. University of Copenhagen*. In:
<http://www.geogr.ku.dk/courses/phd/glob-loc/papers/phdfairclough2.pdf>
 [consultado 02/01/2006]

Fairclough, Norman (1995) *Media Discourse*. London: Edward Arnold.

Fairclough, Norman (2003) *Analysing Discourse. Textual Analysis for Social Research*. London & New York: Routledge Taylor & Francis Group.

Fairclough, Norman & Wodak, Ruth (1997) "Critical Discourse Analysis". In: T.A. Van Dijk (ed.) *Discourse as Social Interaction*. London: Sage; págs. 258-284.

Foucault, Michel (1972, en francés en 1969) *The Archaeology of Knowledge*. New York: Harper & Rowe.

Foucault, Michel (1971) *L'Ordre du discours*. Paris: Gallimard.

Foucault, Michel (1979a) *The History of Sexuality, Vol. 1: Introduction*. Harmondsworth: Penguin.

Foucault, Michel (1979b) *Discipline and Punish: the Birth of Prison*. Harmondsworth: Penguin.

- Foucault, Michel (1981) "The Order of Discourse", in R. Young (ed) *Untying the Text: A Post-Structuralist Reader*. New York: Random House; págs. 51-77.
- Foucault, Michel (1985) *The History of Sexuality, Vol. 2: The Use of Pleasure*. New York: Pantheon.
- Foucault, Michel (1989) *Foucault Live. Interviews (1966-84)*. Editado por Sylvère Lotringer. New York: Semiotext(e).
- Geras, Norman (1987) "Post-Marxism?". *New Left Review* 163: págs. 40-82.
- Geras, Norman (1990) *Discourses in Extremity, Radical Ethics and Post-Marxist Extravagances*. London: Verso.
- Gramsci, Antonio (1971) *Selections from the Prison Notebooks*, London: Lawrence & Wishart.
- Habermas, Jürgen (1984) *The Theory of Communicative Action: Reason and Its Rationalization of Society*, Vol. 1. Boston, MA: Beacon Press.
- Howarth, David (2000a) *Discourse*. Buckingham & Philadelphia: Open University Press.
- Howarth, David (2000b) "The difficult emergence of a democratic imaginary: Black consciousness and non-racial democracy in South Africa" In: D. Howarth *et al.* *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press; págs. 168-192.
- Howarth, David & Stavrakakis, Yannis (2000) "Introducing discourse theory and political analysis" In: D. Howarth *et al.* *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press; págs. 1-23.
- Howarth, David, Norval, Aletta & Stavrakakis, Yannis (2000) *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press.
- Ifversen, Jan (2003) "Text, Discourse, Concept: Approaches to Textual Analysis". *Kontur* 7; págs. 60-69.
- Johnstone, Barbara (2002) *Discourse Analysis*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Laclau, Ernesto (1990) *New Reflections on the Revolution of Our Time*. London: Verso.
- Laclau, Ernesto (1996) *Emancipation(s)*. London, Verso.
- Laclau, Ernesto (1999) "Politics, Polemics and Academics: An Interview by Paul Bowman". *Parallax* 5(2); págs. 93-107.

Laclau, Ernesto & Mouffe, Chantal (1985) *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.

Laclau, Ernesto and Mouffe, Chantal (1987) "Post-Marxism without apologies", *New Left Review* 166; págs. 79-106.

Lakoff, Robin Tolmach (2001) *The Language War*. London, Berkeley & Los Angeles: University of California Press.

Lyotard, Jean-François (1979) *La Condition postmoderne: Rapport sur le savoir*. Paris: Minit.

Mouffe, Chantal (1992) *Dimensions of Radical Democracy*. London: Verso.

Mouffe, Chantal (1993) *The Return of the Political*. London: Verso.

Mouffe, Chantal (2000) *The Democratic Paradox*. London: Verso.

Norval, Aletta J. (2000) "Trajectories of future research in discourse theory". In: D. Howarth *et al.* (ed.) *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press; pp. 219-236.

Parker, Ian & The Bolton Discourse Network. *Critical Textwork. An Introduction to Varieties of Discourse and Analysis*. Buckingham: Open University Press, 1999.

Pêcheux, Michel (1982) *Language, Semantics and Ideology*. London: Macmillan.

Robinson, Andrew (2004a) "The Politics of Lack". *British Journal of Politics and International Relations* 6; págs. 259-269.

Robinson, Andrew (2004b) "Accepting Contingency, or Imposing Authority? A Reply to Thomassen". *British Journal of Politics and International Relations* 6; págs. 562-564.

Said, Edward W. (1979) *Orientalism*. New York: Vintage Books.

Saussure, Ferdinand de (1967) *Cours de Linguistique Générale*. Wiesbaden: Harrassowitz.

Sayyid, S. (2003) *A Fundamental Fear. Eurocentrism and the Emergence of Islamism*. London, New York: Zed Books Ltd.

Thomassen, Lasse (2004) "Lacanian Political Theory: A Reply to Robinson". *British Journal of Politics and International Relations* 6; págs. 558-561.

Townshend, Jules (2003) "Discourse theory and political analysis: a new paradigm from the Essex School?". *British Journal of Politics and International Relations* 5(1); págs. 129-142.

Townshend, Jules (2004) "Laclau and Mouffe's Hegemonic Project: The Story So Far". *Political Studies* 52; págs. 269-288.

van Dijk, Teun A. (1998) *Ideology*. London/Thousand Oaks/New Delhi: Sage.

Wenman, Mark Anthony (2003) "What is Politics? The Approach of Radical Pluralism" *Politics* 23(1); págs. 57-65.

Wittgenstein, Ludwig (1953) *Philosophical Investigations* (trad. G.E.M. Anscombe). Oxford: Basil Blackwell.